

Antoine Prost

DOCE
LECCIONES
SOBRE
HISTORIA



2ª edición

COMARES HISTORIA

DOCE LECCIONES SOBRE HISTORIA

ANTOINE PROST

DOCE LECCIONES
SOBRE HISTORIA

Edición, traducción y notas de
ANACLET PONS y JUSTO SERNA

GRANADA, 2016

COMARES HISTORIA

Director de la colección:
Miguel Ángel del Arco Blanco

ENVÍO DE PROPUESTAS DE PUBLICACIÓN

Las propuestas de publicación han de ser remitidas (en archivo adjunto de Word) a la siguiente dirección electrónica: libreriacomares@comares.com. Antes de aceptar una obra para su edición en la colección «Comares Historia», ésta habrá de ser sometida a una revisión anónima por pares. Los autores conocerán el resultado de la evaluación previa en un plazo no superior a 90 días. Una vez aceptada la obra, Editorial Comares se pondrá en contacto con los autores para iniciar el proceso de edición.

Diseño de cubierta: Virginia Vílchez Lomas

© Traducción, notas de edición y nota previa: Anacleto Pons y Justo Serna

© Antoine Prost

© Editorial Comares, S.L.

Polígono Juncaril

C/ Baza, parcela 208

18220 • Albolote (Granada)

Tlf.: 958 465 382

<http://www.editorialcomares.com> • E-mail: libreriacomares@comares.com

<https://www.facebook.com/Comares> • <https://twitter.com/comareseditor>

© Editions du Seuil, 1996 [Prohibida su venta en América Latina]

ISBN: 978-84-9045-466-4 • Depósito Legal: Gr. 1350/2016

Fotocomposición, impresión y encuadernación: COMARES

SUMARIO

<i>DOCE LECCIONES SOBRE HISTORIA. LECTURA E INTERPRETACIÓN, por Anacleto Pons y Justo Serna . . .</i>	XI
INTRODUCCIÓN	1

1

LA HISTORIA EN LA SOCIEDAD FRANCESA DE LOS SIGLOS XIX Y XX

LA HISTORIA EN FRANCIA: UNA POSICIÓN PRIVILEGIADA	6
LOS USOS SOCIALES DE LA HISTORIA EN EL SIGLO XIX	9
La historia en la enseñanza secundaria	9
Los historiadores en el debate público	13
EL SIGLO XX: EL ESTALLIDO DE LA HISTORIA.	16
La enseñanza primaria: otra historia	16
Las peripecias del segundo siglo XX	19

2

LA PROFESIÓN HISTÓRICA

LA ORGANIZACIÓN DE UNA COMUNIDAD CIENTÍFICA	23
LOS ANNALES Y LA HISTORIA-INVESTIGACIÓN.	26
Una revista de combate	26
LA INSTITUCIONALIZACIÓN DE UNA ESCUELA	30
EL ESTALLIDO DE LA PROFESIÓN	32
Polos de influencia	32
Un mercado mal regulado	35

3

LOS HECHOS Y LA CRÍTICA HISTÓRICA

EL MÉTODO CRÍTICO	42
Los hechos como pruebas	42
Las técnicas de la crítica	44
El espíritu crítico del historiador	49
FUNDAMENTOS Y LÍMITES DE LA CRÍTICA	51
La historia, conocimiento por huellas	51
No hay hechos sin preguntas	54

4

LAS PREGUNTAS DEL HISTORIADOR

¿QUÉ ES UNA PREGUNTA HISTÓRICA?	61
Preguntas y documentos	61
La legitimidad de las preguntas	65
EL ARRAIGO SOCIAL DE LAS CUESTIONES HISTÓRICAS	68
Pertinencia social y pertinencia científica	68
Historicidad de las preguntas históricas	70
EL ARRAIGO PERSONAL DE LAS PREGUNTAS HISTÓRICAS	72
El peso de los compromisos.	72
El peso de la personalidad	74

5

EL TIEMPO DE LA HISTORIA

LA HISTORIA DEL TIEMPO	80
Un tiempo social.	80
La unificación del tiempo: la era cristiana.	81
Un tiempo orientado	83
LA CONSTRUCCIÓN HISTÓRICA DEL TIEMPO.	86
Tiempo, historia y memoria.	86
El trabajo sobre el tiempo. La periodización	89
La pluralidad del tiempo	92

6

LOS CONCEPTOS

DE LOS CONCEPTOS EMPÍRICOS.	97
Dos tipos de conceptos	97
De la descripción resumida al tipo ideal	100
Los conceptos forman redes	104
CONCEPTUALIZAR LA HISTORIA	106
Los conceptos tomados en préstamo.	106
Las entidades sociales.	107
Historizar los conceptos de la historia.	108

7

LA HISTORIA COMO COMPRENSIÓN

AUTORRETRATO DEL HISTORIADOR COMO ARTESANO	113
La historia como oficio	113
Los hombres, objetos de la historia	115
La historia y la vida	116
LA COMPRENSIÓN Y EL RAZONAMIENTO ANALÓGICO	117
Explicación y comprensión	117
Comprensión y orden del sentido	119
Experiencia vivida y razonamiento analógico	121
LA HISTORIA COMO AVENTURA PERSONAL.	124
Historia y prácticas sociales.	124
La historia como amistad.	125
La historia como historia de sí mismo	128

8

IMAGINACIÓN E IMPUTACIÓN CAUSAL

A LA BÚSQUEDA DE LAS CAUSAS	132
Causas y condiciones	132
Retrodicción.	134
LA EXPERIENCIA IMAGINARIA	135
Escribir la historia con los si	135
La experiencia imaginaria	137
FUNDAMENTOS E IMPLICACIONES DE LA IMPUTACIÓN CAUSAL	139
Pasado, presente y futuro del pasado	139
Posibilidades objetivas, probabilidades, fatalidad	141

9

EL MODELO SOCIOLOGICO

EL MÉTODO SOCIOLOGICO	146
El rechazo del subjetivismo	146
El ejemplo del suicidio	148
Las reglas del método	149
EL MÉTODO SOCIOLOGICO APLICADO A LA HISTORIA	151
De la tipología a las estadísticas.	151
La construcción de los indicadores.	155
LOS LÍMITES DEL MÉTODO SOCIOLOGICO	157
Los límites epistemológicos.	157
Los dominios privilegiados	158

10

LA HISTORIA SOCIAL

GUIZOT: CLASES Y LUCHA DE CLASES.	163
Un ejemplo: la emergencia de la burguesía	163
La clase social	165
LABROUSSE: EL FUNDAMENTO ECONÓMICO DE LAS CLASES SOCIALES	167
Un ejemplo: la crisis de la economía francesa a fines del Antiguo Régimen.	167
Economía, sociedad, política	169
EL DECLIVE DEL PARADIGMA LABROUSSIANO	172
Paradigma labroussiano y marxista	172
Paradigma labroussiano y «nueva» historia	175
El declive de las entidades colectivas	178

11

TRAMA Y NARRATIVIDAD

DEL TODO A LAS PARTES	182
Relatos, cuadros, comentarios	183
La historia como despliegue de una intriga	186
LA INTRIGA HISTÓRICA	187
La intriga como configuración.	187
La intriga y la explicación narrativa	190
La explicación narrativa y los cuadros	193

LA INTRIGA COMO SÍNTESIS	195
La síntesis discursiva	195
Los presupuestos de la intriga	197

12

LA HISTORIA SE ESCRIBE

LOS CARACTERES DEL TEXTO HISTÓRICO	202
Un texto saturado	202
Un texto objetivado y autorizado	203
Un texto superpuesto.	206
LOS PROBLEMAS DE LA ESCRITURA HISTÓRICA	208
Lo pensado y lo vivido	208
Decir lo correcto con palabras	211
Decir lo correcto con palabras falsas	213

CONCLUSIÓN

VERDAD Y FUNCIÓN SOCIAL DE LA HISTORIA

HISTORIA Y VERDAD	218
Los efectos del desencanto	218
Verdad y función social de la historia	220
Objetividad, verdad, prueba.	221
UNA FUNCIÓN SOCIAL AMBIGUA	225
Historia, nación, civismo.	225
Historia, identidad, memoria	229
ORIENTACIÓN BIBLIOGRÁFICA	237

DOCE LECCIONES SOBRE LA HISTORIA
LECTURA E INTERPRETACIÓN

LA LECTURA HISTÓRICA

Hace unos pocos años apareció un libro inquietante, una obra en la que se examinaban las lecturas del Führer. Era un volumen de historia cultural titulado *Hitler's Private Library. The Books That Shaped His Life* (2009). Trataba de algo conocido, algo que produce mucho desasosiego: la voracidad lectora de Hitler. El Führer fue, sí, un consumidor habitual, incluso compulsivo, de libros y libros, gran amante de la variedad intelectual.

Decimos lo anterior y nos incomodamos. Nosotros, quienes ahora firman, queremos ser y creemos ser eso precisamente: lectores habituales, voraces, incluso compulsivos. Si uno cree y quiere ser tal cosa, entonces el caso de Hitler nos es repulsivamente cercano. Lo comprobamos cuando leímos dicho volumen, su versión española: ese ejemplar nos prometía y confirmaba jornadas de angustia.

Corroboraba algo bien sabido: la cultura escrita y literaria no frenó ni eliminó los estereotipos, los prejuicios de que estaba imbuido Hitler. Eran perfectamente compatibles. Es lamentable, pero así es. Por la mañana podemos abrir la espita para gasear a nuestros congéneres, a gentes que no vemos como congéneres, para después, al atardecer, deleitarnos con una obra de arte, con lo sublime, con la exaltación de los sentidos. Quizá algunos de los espíritus más refinados del nazismo fueran a la vez espíritus sublimes, pero eso no les impidió ser groseramente criminales.

Hay una fotografía muy célebre. Vemos a un Hitler uniformado, sentado ante su escribanía, con un libro relativamente extenso —de unas trescientas y pico páginas— que hojea o lee. Lo tiene abierto y parece dispuesto a pasar página. El Führer está ensimismado, con los músculos faciales incluso relajados, aunque —eso sí— sentado de manera incómoda, como si dispusiera de poco tiempo.

Una enorme lámpara ilumina la mesa, encima de la cual hay un tintero, una pluma, un calendario y unos pocos expedientes o informes que se amontonan.

Sobre ese atadajo, un pisapapeles que representa la cruz gamada es el único motivo ornamental. Al fondo distinguimos lo que parece la sombra de Hitler y un teléfono oscuro, probablemente negro. Nada más.

Dicha fotografía (Cordon Press) captó un instante: Hitler lee en el cuartel general del partido nazi, en Múnich, en 1934. ¿Cómo leía Hitler? Por lo que parece *triturbaba* los libros, confirmaba lo que esperaba encontrar y reafirmaba lo que pensaba de antemano. Por lo que se sabe, muchos individuos anteriores y posteriores al dictador hacen eso, pero no todos se convierten en criminales. ¿Entonces?

Desde hace muchos años se conocen las charlas de sobremesa de Hitler, detalladas en un libro muy revelador que apadrinó el historiador Hugh Trevor-Roper y que él prologó con un ensayo titulado *La mente de Hitler* (1953). ¿Dedicaría el Führer algunos minutos a comentar los avances de sus lecturas? Por supuesto, de esos libros consumidos extraía datos: expelía erudiciones con las que ahogar a los presentes. Lo que ignoramos es si las digestiones de su colación le provocaban reflujo o gases tóxicos.

Imaginemos. En esas charlas, sus colaboradores permanecen sentados a la mesa esperando que les sirvan el almuerzo o la cena. Sus acompañantes escuchan atentamente las indicaciones del Führer. ¿Indicaciones? Serán más bien una serie de enumeraciones o de elucubraciones, pura especulación insustancial, planes alocados de dominio y explotación. Nada bueno puede salir de allí. ¿Tiene algo que ver ese comensalismo hitleriano con los malestares intestinales que se le conocen? «¿Qué libros leía? ¿Cuáles eran los numerosos volúmenes, finalmente encuadernados por la hermana de Hess, que llenaban su *gran biblioteca* en Múnich? No se nos ha dicho», se lamentaba Trevor-Roper en 1953. Sus primeros biógrafos lo desechaban como a un ignorante de facundia banal sin creer que valiese la pena hacerse la pregunta de los libros leídos, confirmaba Hugh Trevor-Roper.

Pero prosigue. «Me sorprende que ningún historiador, que yo sepa, haya intentado descubrir la historia de los pensamientos de Hitler, el impulso que le hizo moverse con el fin de buscar y sistematizar estas ideas formidables, o los orígenes de donde las extrajo», añade Trevor-Roper. «Pero (...) no era un simple charlatán», insiste. «Era más bien un poderoso sistematizador de ideas, uno de aquellos *terribles simplificadores* —él mismo no hubiera rechazado tal título—», precisa.

«Tal vez fue en aquellos primeros días en Viena, que parecían a sus observadores contemporáneos tan triviales y perdidos. Sabemos que ya entonces era un gran cliente de las bibliotecas y se llevaba en préstamo a su casa *lectura por kilos*; no novelas, que, como nos dice, nunca leía, sino libros sobre historia y religión, sobre geografía y tecnología, arte, historia y arquitectura».

¿Y cómo leía? «Ya sabemos cómo leía», dice Trevor-Roper en 1953: «mirando primero el final, luego el medio, y después, cuando ya se había familiarizado con su contenido, empezaba a leerlo afanosamente». Nosotros, los lectores corrientes, nos parecemos a ese Hitler que lee con inicial desorden, con arbitrariedades y extravagancias. Qué impresión causa parecernos tanto. Tiene que haber, sin embargo, algo que nos distinga. La lectura valiosa, provechosa, no puede ser la mera confirmación de ideas preconcebidas. Debe ser algo más. Ahora bien, no basta con repetir tópicos. Allá van unos cuantos...

Leer nos saca de nuestra idea más arraigada, nos obliga a contrastar lo que sabemos o creemos saber, nos amplía la perspectiva, nos permite acceder al pasado, a la historia de nuestros antepasados, nos facilita una vía de ingreso en el tiempo largo que nos precede, nos revela nuestra contingencia. Los libros nos procuran beneficios y nos hacen ser más tolerantes. Es más: el fascismo se cura leyendo.

En el párrafo anterior se condensan y enuncian algunas de las virtudes que comúnmente le atribuimos a la lectura. Virtudes que son también creencias que están por demostrar o esos tópicos desechables que repetimos sin verificar. Según esa idea tan extendida, la lectura sería una práctica depurativa y a la vez nutritiva, un ejercicio de comprensión de los otros, de esos que protagonizan los libros o de esos otros que son quienes los escriben.

Esta idea tan beneficiosa de los libros es bienintencionada y errónea, o al menos parcialmente errónea, según hemos visto. Hay que leer, sí, y especialmente historia para ampliar la perspectiva de uno mismo, para sacarse de quicio, para abandonar el quicio del hogar y de lo obvio. Hay que consumir historia, devorar con pasión libros de otras épocas, de otros tiempos, para sobrepasar la estrechez del presente. Pero no está nada claro que la lectura del pasado nos mejore necesariamente.

Puede incluso que confirme nuestros prejuicios más arraigados, nuestras concepciones más dementes. Así procedía Hitler. Si leemos para corroborar lo que ya sabemos o lo que creemos saber, si somos poco porosos, sin oponemos resistencia a lo que nos desmiente, si consumimos libros para confirmar lo que somos o creemos ser, entonces la historia no nos enseña nada.

El volumen que tenemos en nuestras manos, este de Antoine Prost, nos alecciona contra este mal hábito, contra la costumbre de leer para aseverar lo que ya se cree conocer de antemano. Es un manual de primeros auxilios, una caja de herramientas muy útil. La historia no puede ser ese depósito de experiencias al que acudimos para servirnos de lo que nos aprovecha. Debe ser, por el contrario, un banco de pruebas en el que se aplican el lector y el observador y de cuyo uso salen ambos modificados, no confirmados. Vayamos a ello. Veamos por qué Prost tiene razón.

LAS REGLAS HISTÓRICAS

La historia a la que se le reconoce rigor se realiza en la Universidad; en todo caso..., bajo el amparo de la institución académica. Para ser historiador hay que estudiar unas asignaturas, materias que se superan aprobando unos exámenes; hay que tener un currículum específico, un currículum que es el crédito que la persona merece para desempeñar dicha profesión. Decía Max Weber que una profesión es una carrera de obstáculos. Las acreditaciones son eso: la prueba que atestigua los buenos resultados de un alumno que empezó una carrera de obstáculos.

Si, además, esa persona accede a un puesto universitario para ejercer de profesor, entonces —de entrada— el aval de su investigación es máximo. ¿Por qué? Porque es vigilado, fiscalizado, controlado por sus iguales, por los pares intelectuales y académicos que comprueban la corrección deontológica de sus trabajos: en principio, como sucede con un abogado o con un filólogo, pongamos por caso.

Si un filólogo publica un texto sobre su materia y, además, es profesor de Universidad, el control que sobre él se ejerce es mayor. Si en vez de serlo en la Universidad, dicho filólogo lo es en Enseñanzas Medias, ¿será igualmente examinado, controlado, fiscalizado? Por supuesto. Pero lo que hay que comprender es que la investigación se realiza en el seno de instituciones, no por libre. Y la investigación reconocida se desarrolla básicamente en los centros universitarios.

¿Cuál es la obligación de un profesor de Enseñanzas Medias? Impartir docencia de sus materias. ¿Tiene obligación de investigar? No: investigar no entra dentro de las tareas asignadas. No hay desdén ni soberbia en esta descripción: es un dato, no una valoración. ¿Cuál es la obligación de un profesor universitario? Impartir docencia de sus materias. ¿Tiene obligación de investigar? Sí, absolutamente: investigar entra dentro de las tareas asignadas. Es más, uno de los controles a los que se somete cada cierto tiempo es el de presentar sus investigaciones ante comisiones oficiales que evalúan los resultados.

¿Qué ocurre con los *pseudohistoriadores* o con los historiadores amateurs? Pues que o no se someten a los controles institucionales de la profesión o, si algún día se sometieron, ahora habrían abandonado todo autocontrol. Resultado: efectivamente son vistos con desdén por la historia académica y, a su vez, ellos desprecian la deontología de la profesión. Van a la suya, podríamos decir, aprovechándose de la ignorancia del público, en ocasiones tan impresionable.

¿Que haya controles deontológicos significa que toda investigación universitaria es correcta? No, pero si desaparecieran esos filtros, entonces el caos sería absoluto: un avispado publicista sin una idea propia pero con tesis robadas y ya cuestionadas podría aprovechar la ignorancia del público para hacer pasar por nuevo y bueno lo que es viejo y sobado.

Y sobre todo lo que es puro panfleto. En este asunto, es importante no sólo ese control, sino también el género al que se adscribe quien publica. No es lo mismo un panfleto a favor de una causa que un ensayo o una monografía. El ensayo y la monografía no son puro subjetivismo o una opinión como otra cualquiera; son dos géneros de escritura documentada y con argumentación bien fundamentada. No podemos pedir a los lectores de Historia que nos crean sin pruebas. Debemos exigir que se nos juzgue de acuerdo con las fuentes empleadas y de acuerdo con las reglas a las que nos sometemos.

La disciplina es esto: el genio particular, la ocurrencia chispeante, la explicación inaudita o la interpretación jamás defendida no son nada si el investigador no se ciñe, no se contiene, no se atiene a las reglas comunes. Y las reglas sirven, entre otras cosas, para poder comunicar bien y en un lenguaje colectivo un hallazgo propio.

¿Que muchos universitarios publican tostones ilegibles? Sí, dolorosamente lo admitimos. Pero los primeros destinatarios de una investigación son sus pares intelectuales, aquellos que fiscalizan la calidad de la argumentación, de la frase documentada, del enunciado histórico, que no es necesariamente la belleza de la prosa.

Los investigadores deberían hallar unos modos y unos medios de expresión que les permitieran ir más allá de los académicos, de los sufridos lectores u oyentes del aula o de la cátedra. ¿Para qué? Para evitar que los avispados o los tipos sin escrúpulos, gente sin acreditación, aprovechasen la ignorancia de los públicos impresionables. Pero sobre todo para ganarse lectores críticos, no sugestionables.

Leer no siempre provoca las mejoras consecuencias, ya lo decíamos. Si la lectura confirma tópicos y prejuicios, entonces el resultado puede ser catastrófico o, al menos, puede tener efectos calamitosos: simplemente fundamenta la ignorancia o, aún peor, el conocimiento sesgado, el sectarismo. Por eso, hemos de aprender a leer libros de historia, hemos de saber discriminar la historia bien resuelta, que puede ser discutida, de las monografías o ensayos que carecen de avalués y de reglas, escrituras desastrosas que dañan a la colectividad.

Doce lecciones sobre la historia, de Antoine Prost, nos enseña a leer historia, a escribir correctamente acerca del pasado. La calidad del volumen es tanta, que su correcta y eficaz prosa nos convence. El autor nos propone abandonar lo archisabido, lo supuesto, lo obvio. Nos propone aprender y reflexionar con complejidad. Es un texto excepcional; es un texto original.

INVESTIGACIÓN, DIVULGACIÓN Y REFLEXIÓN

En principio, cada texto que un individuo escribe es excepcional, una singularidad, a pesar de que el redactor se atenga a unas reglas o protocolos, a un tenor: a esas reglas a las que antes hacíamos alusión. Es original, sí, y es a la

vez la repetición de otros textos, la reproducción deliberada o no de otros que preceden y que dejan huellas o resonancias. La cultura es eso entre otras cosas: el acto nuevo que alguien emprende, final y materialmente plasmado en un producto de serie o en serie. En parecidos términos: un producto al que podemos identificar como parte de una serie.

Por ello, si hablamos con propiedad, ningún texto es por completo original: desde la lengua hasta género literario, hay numerosos factores que ciñen, limitan o posibilitan el escrito. En cada cosa que anotamos podemos apreciar la mayor o menor audacia que implica decir algo nuevo o singular. Y podemos constatar el peso del pasado, las modelos y los significados precedentes que nos trae la historia y de los que no somos necesariamente conscientes.

Los lectores comunes y los historiadores expertos son más o menos sabedores de estas sofisticaciones y son más o menos sabedores de las distintas clases de historia que pueden escribirse. No hay una única manera de escribir sobre hechos del pasado, como tampoco existe un único resultado posible. Entre los textos académicos están las monografías, los informes y las memorias de los historiadores: tesis de licenciatura, trabajos de fin de grado, tesis doctorales, etcétera. Entre esa literatura podemos encontrar obras de investigación y obras de divulgación, diferentes modos de expresión que son a la vez maneras diversas de captar a públicos eventuales o a los que el historiador busca de manera expresa.

Los textos de investigación presentan los resultados de un laborioso trabajo de pesquisa y elaboración en archivos y con fuentes documentales diversas. Los textos de divulgación difunden conocimientos ya aceptados, datos y resultados con los que convienen los expertos. Por ejemplo, los manuales académicos de historia son libros de difusión, de divulgación, pero tienen alguna otra singularidad. Nos dan una provisión de conocimientos ordenados, conocimientos jerarquizados de acuerdo con el común de la disciplina: esas informaciones con las que los historiadores convienen. En los manuales hay, por fuerza, datos brutos, conocimientos específicos de experto. Pero puede haber también un variado y potencial saber: la sabiduría del experimentado, más que del experto. Y todo ello se presenta añadiendo al cuerpo del texto apéndices documentales, relaciones bibliográficas, etcétera: listas y repertorios que sirvan de complemento a los conocimientos allí resumidos y al potencial saber desplegado.

Hay, sin embargo, otros tipos de libros de historia que no se ajustan a los tipos anteriormente descritos. Entre ellos hallamos ciertos ensayos que sobresalen, que reparten el saber a manos llenas, que condensan y a la vez ahondan. No caben en una rígida clasificación. Nos referimos a aquellos textos de reflexión que analizan el objeto de conocimiento y el conocimiento mismo, a aquellos volúmenes en los que un estudioso comparte las vivencias del oficio, a aquellas obras que examinan los límites de la disciplina, sus avances y sus errores. Son libros de autoanálisis, podríamos decir: volúmenes de historiografía, es decir,

ensayos que muestran los engranajes y resortes de la investigación, que clasifican ciertos objetos de conocimiento, que indican el saber acumulado, que muestran el plato final de la gastronomía, pero también su confección, su cocina.

En ese sentido, estos libros tienen otra peculiaridad que los distingue. ¿Cuál es? La presencia del autor, figura explícita, la figura de quien no se emboza. El historiador hace manifestación particular de sus puntos de vista al tiempo que revela las dudas propias, las del investigador. Y ello se realiza con el mayor rigor expositivo, empleando un género historiográfico.

Cada generación de historiadores debe replantear las cosas hechas por sus predecesores, tanto las acometidas por los antepasados como las desarrolladas por los investigadores que llegaron antes al tema abordado. En los casos más sobresalientes e inquietos, los profesionales deberían repensar su disciplina, sus protocolos y sus objetos de conocimiento, las metas compartidas y la base última de su materia. Este género ha dado resultados muy interesantes, incluso muy apreciables desde el punto de vista literario. En los ejemplos más destacados, son la mejor introducción al conocimiento de la historia, el mejor modo de aprender qué es la historia.

Antoine Prost alcanza esta meta y su logro es muy estimable. Se toma a sus predecesores como interlocutores y con ellos mantiene una conversación intelectual muy provechosa para el lector. Es por ello por lo que cuando menciona a un historiador del pasado lo hace por considerarlo un contemporáneo, un hablante con el que dialogar o polemizar.

Doce lecciones es, pues, un volumen estructurado a partir de las grandes preocupaciones que nos inquietan a los historiadores, tomando avances de la disciplina y a los autores del pasado como un legado, como un capital que hacer productivo para uso de nuevas generaciones. Esas preocupaciones de Prost van desde lo que significa actualmente la profesión, la deontología, las normas y las convenciones que aceptamos, hasta el modo en que se escribe la historia, la manera en que se presentan los resultados de la investigación y los procedimientos que adoptamos para que lo verdadero sea además verosímil.

Los títulos que el autor ha dado a cada una de sus partes son, por supuesto, contingentes. Puede que cada lector hubiera escogido otros distintos para rotular sus propias preocupaciones como profesional —o aficionado— de la historia. Puede que los énfasis fueran diferentes. Sin embargo, una vez nos adentramos en su lectura encontramos todo lo que buscamos, todo lo que su rico contenido ofrece. Podremos aceptar las tesis de Prost o, por el contrario, disentir de algunas afirmaciones, pero inmediatamente admitiremos que sus apartados tratan lo más importante, lo que nos acucia como historiadores o como observadores del pasado.

Pero, además de lo anterior, *Doce lecciones* tiene otra peculiaridad insoslayable, que le da forma y que condiciona los contenidos. El libro reúne una serie de

lecciones que Antoine Prost impartió en la Sorbona, en la Universidad de París, a los estudiantes de primer ciclo. Justamente por eso está concebido como un testimonio oral que debe y persuadir a unos jóvenes que no se dejan impresionar fácilmente por la autoridad y por los saberes establecidos. Es un ejercicio de inteligencia, gracias al cual Prost transmite con entusiasmo la pasión por el oficio que desempeña. Sin embargo, no espere el lector encontrar aquí la ganga de la oralidad, el grano de la voz, que diría Roland Barthes. Antes bien, este texto se presenta ahora de manera similar al modo que adoptara, por ejemplo, Carr en sus célebres conferencias sobre la historia, a quien, por cierto, Prost cita con reconocimiento. Esto es, la oralidad condiciona en este caso el modo en que se presentan las cosas, y no es ahora —en este libro— el registro espontáneo o en tiempo real de una intervención del lenguaje.

Ese eco que en estas páginas aún resuena se ajusta perfectamente a otra de las características del volumen: se trata de una obra coral, de un texto efectivamente *dialógico*, en los términos de Mijaíl Bajtin, un texto que da la palabra a muchos otros historiadores, a esos interlocutores a los que toma como pares o maestros y a los que cede un lugar destacado en su discurso. No se trata sólo de parafrasear, de reproducir en estilo directo o indirecto lo que han dicho los colegas del pasado de quienes se siente más próximo, sino que enmudece para introducir largos extractos de esas grandes obras que son el cimiento de la profesión o el sabio al que acudir. Por eso, este volumen puede concebirse también como un centón, como un florilegio que reúne lo mejor de una materia para uso de principiantes y experimentados.

Ese modo expresivo (el de la lección), su contenido y sus destinatarios (los estudiantes de la Sorbona) condicionan el resultado. Podemos decir, en este sentido, que es un texto muy francés en el que la mayor parte de los ejemplos y de los libros son de dicha nacionalidad, con una deliberada exclusión de otras culturas de menor relevancia historiográfica (salvo en casos aislados). La historia, sí, es una pasión francesa, casi una fiebre.

Por todo lo dicho, no extrañará que este libro haya tenido tres ediciones (1996, 2010, 2014), toda una fortuna para volúmenes historiográficos. Ya en una reseña aparecida a finales de 1996 en la revista *Vingtième Siècle*, Danièle Voldman destacaba el valor pedagógico de esta obra. «Pero el objetivo didáctico de la empresa no debe ocultar una perspectiva mucho más ambiciosa», añadía. En efecto, «el autor también diagnostica la crisis de identidad que padece actualmente la historia, así como una reflexión epistemológica sobre la disciplina histórica». Y Voldman insistía en la interlocución con los grandes de la historia: «Dado que el libro explicita lo mejor de lo que ya se ha escrito sobre la historia, se puede leer como un homenaje a los grandes predecesores, a [Charles] Seignobos y a Marc Bloch en particular». Aunque también puede verse como «un estrecho diálogo con todos aquellos que pensaron el trabajo del historiador

como actividad y epistemología». Por ello, todo lo que Prost dice «debe ser leído como una apología del conocimiento del pasado». ¿Para qué? ¿Para revivirlo? En absoluto. Apología no implica aquí revivirlo, sino «entenderlo y analizarlo para controlar mejor el presente». Quizá controlar el presente sea una consecuencia exagerada de Danièle Voldman. Nos conformaríamos con que la defensa de la historia fuera una sencilla exhortación para entender y analizar el pasado con el fin de conocer algo mejor el presente.

LA TRADUCCIÓN

Cuando un libro trasciende su propio marco cultural y el contexto en el que fue escrito, ese volumen suele perder los referentes en los que se basó o, en todo caso, esos referentes se vuelven oscuros, difíciles. De ese modo puede que la obra llegue a unos lectores que carezcan de las mismas evidencias que el autor y puede que sientan extrañeza ante afirmaciones o enunciados que les son completamente ajenos. Por eso, la labor de traducción demanda un esfuerzo suplementario de adaptación cultural y de anotación informativa con el fin de que aquel libro encuentre sus nuevos destinatarios sin mayor obstáculo. En eso consiste la labor de edición.

En un texto clásico, Friedrich Schleiermacher sostuvo que sólo hay dos modos de realizar la traducción. El primero sería aquel en que el texto se vierte como si realmente fuera el autor quien lo hubiera traducido; el segundo sería aquel en que el texto se presenta como si el autor lo hubiera escrito en la lengua a la que ahora está traducido. La traducción requiere traslación, sí, pero también extrañeza, la que provoca un texto concebido en otra cultura. No podemos anular completamente la distancia que nos aleja del original. El traductor —añade Schleiermacher en *Sobre los diferentes métodos de traducir*— no puede permitirse nada que en su propia lengua no esté permitido en cualquier escrito del mismo género.

¿A qué hemos aspirado con nuestra versión? No hemos pretendido en ningún momento arrancarle ese carácter francés al volumen, sino que hemos conservado deliberadamente su fuente y sus referentes. Hacer lo contrario hubiera significado, por ejemplo, ocultar la dependencia contextual del volumen haciéndole llegar al lector un libro neutro y universal sobre la historiografía. La obra de Prost tiene, al menos, dos lecturas posibles. Por un lado, la más obvia, que es la propiamente historiográfica: este libro es una reflexión sobre la disciplina, algo que en ningún caso podría amputarse u ocultarse.

Pero, además, hay otra manera de leerla, menos evidente, subterránea quizá en algunos momentos, que es la de la reflexión sobre la historia francesa y sobre un amplio conjunto de referentes particulares de esa cultura nacional. Si los traductores, evitando completamente la distancia, hubieran aligerado el peso

de lo francés y, por ejemplo, lo hubieran sustituido por hechos o personajes semejantes de la tradición española, se habría perdido irremisiblemente una parte sustancial de la riqueza del volumen.

Es decir, nuestra premisa ha sido aquella según la cual no podíamos permitirnos nada que en castellano y en nuestra cultura historiográfica no estuviera autorizado a cualquier autor que cultivara el mismo género. A partir de ahí, dejamos al destinatario el esfuerzo de buscar las equivalencias o los paralelismos que alivien la extrañeza que le ocasione la lectura. Pero eso no quiere decir que no le ayudemos cuando lo hemos considerado imprescindible. Así pues, la edición sólo menciona, desarrolla o documenta aquellos nombres o hechos, especialmente franceses, que son poco corrientes para un lector común o incluso para un lector de historia. Por tanto, evitamos dar informaciones de aspectos medianamente conocidos para no sobrecargar el texto, intención manifiesta del propio autor.

En fin, como anotaba Karl Popper en *Búsqueda Sin Término*, su autobiografía intelectual:

«... cualquiera que haya hecho alguna traducción, y haya pensado que no existe ninguna traducción de un texto interesante que sea gramaticalmente correcta y además casi literal. Toda buena traducción es una *interpretación* del texto original; e incluso iría más lejos y diría que toda buena traducción de un texto no trivial ha de ser una reconstrucción teórica. Así tendrá que incorporar incluso una cierta dosis de comentarios. Toda buena traducción debe ser, al mismo tiempo, fiel y libre. Incidentalmente, es un error pensar que en la tarea de traducir un fragmento de un escrito puramente teórico, no son importantes las consideraciones estéticas...»

ANTOINE PROST

Antoine Prost un investigador dedicado a la historia contemporánea, un profesional de larga y reconocida trayectoria en su propio país. Entre nosotros, en cambio, sus libros no han tenido la misma difusión. De hecho, a excepción de alguna obra, su influencia es ciertamente menor.

Nació en 1933 y, como algunos de los grandes académicos franceses, cursó estudios en la Ecole Normale Supérieure, logrando la agregación en historia. Ejerció la docencia en la Universidad de Orleans (1966-1979) y, desde entonces, en la de Panthéon-Sorbonne, de la que ahora es emérito y en la que ha depositado su archivo personal (los «Fonds Antoine Prost»).

Sus investigaciones se han centrado básicamente en la historia francesa del siglo xx. De hecho, su tesis de tercer ciclo versó sobre *La GTT à l'époque du Front populaire* (1963) y su tesis de Estado, defendida en 1975, la dedicó a *Les Anciens combattants et la société française (1914-1939)*. Además ha cultivado la divulgación, participando en obras como *L'Histoire du peuple française* o la *Petite histoire de la France au xx^e siècle*.

Antoine Prost es conocido también por su dedicación a las cuestiones referidas a la enseñanza. En este sentido cabe destacar, entre otros textos, su *Histoire de l'enseignement en France (1800-1967)*, obra publicada por primera vez en 1968 y que desde entonces ha tenido diversas reediciones. Asimismo, y retomando su citada tesis doctoral, ha venido investigando y publicando sobre la Primera Guerra Mundial, hasta convertirse en uno de los especialistas más reputados. De ello dan cuenta numerosos artículos y libros, así como la presidencia del Comité scientifique et pédagogique de la Fondation nationale de la Résistance y del Conseil scientifique del «Mémorial de Verdun». Finalmente, y en relación con el asunto que nos ocupa, hay que señalar que a él se debe en buena medida el redescubrimiento de la escuela metódica, tan denostada en otros tiempos. De hecho, ENS Éditions inició en 2014 una «Bibliothèque idéale des sciences sociales» en versión digital y Prost fue elegido para prologar la reedición de *La méthode historique appliquée aux sciences sociales*, de Charles Seignobos.

Evidentemente, estos datos no son más que una muestra apretada de una actividad fecunda que va desde la publicación hasta la gestión: autor de numerosos textos, miembro de diversos comités de redacción en revistas especializadas, codirector de una colección de historia de la educación e, incluso, asesor ministerial de Michel Rocard. Etcétera, etcétera.

ESTA EDICIÓN

La presente edición de la obra de Antoine Prost ha seguido una serie de criterios que creemos conveniente detallar. Por regla general, los títulos concretos de libros que Prost da en el texto aparecerán de acuerdo con la versión española, en el caso de que la haya, para facilitarle al lector la identificación del volumen al que alude. Respecto de los nombres de personas, particularmente de historiadores, Antoine Prost utiliza un criterio variable que mantenemos: en ocasiones da la inicial; en otras, en cambio, reproduce completamente el nombre. En tercer lugar, los títulos y referencias bibliográficas que aparecen en las notas se dejan en la versión original. Sólo le indicaremos al lector que existe su correspondiente castellana en la tanto en sus ediciones españolas como latinoamericanas, cuando estas últimas nos hayan sido accesibles. Ahora bien, mencionaremos que existe traducción en la nota y detallaremos su página y texto siempre que se cite literalmente por parte de Prost. Esto es así porque los traductores utilizan versiones españolas cuando existen. Hay, sin embargo, una excepción a esta norma: la de aquellos libros que el propio autor no recoge en la bibliografía general y que cita sólo en nota o la de aquellos otros que citan los traductores como aclaración de editor o como complemento al texto original. En este caso, la referencia completa se incluye en la nota. Finalmente, el lector

podrá observar que algunos términos se repiten con profusión. La posición de Prost es muy clara al respecto, como indica en el capítulo 6:

«Con el fin de evitar las repeticiones y en aplicación de las reglas escolares de redacción, los historiadores franceses utilizan a menudo distintas palabras para designar la misma realidad. Utilizan indistintamente Estado y gobierno, incluso en ocasiones poder, cuando en realidad esos términos aluden a conceptos diferentes. Unas veces hablan de *clase social*, otras de *grupos sociales* e incluso de *sectores*. Esas licencias que se conceden resultan deplorables, pero son de uso frecuente y sus consecuencias no son perjudiciales mientras no alteren la estructura y la coherencia de la red conceptual».

Nosotros, pues, hemos respetado al máximo ese precepto de Prost, un precepto por otra parte que coincide punto por punto con lo que dijera Milan Kundera en *Los testamentos traicionados* a propósito de la *sinonimización*. Para este último, la norma que debe imponerse el traductor es seguir el estilo personal del autor, es decir, no violentar su modo expresivo reemplazando continuamente las repeticiones de aquél con sinónimos que lo mejorarían. Este vicio sería un reflejo automático del traductor, cuyo virtuosismo consistiría en poseer una gran reserva de sinónimos listos para sustituir lo evidente. Esta tendencia, la de la *sinonimización* gratuita, es psicológicamente comprensible pero dudosa. «¿Con qué criterios se apreciará a un traductor? ¿Según su fidelidad al estilo del autor?», se pregunta Kundera. «Es exactamente lo que los lectores de su país no tienen la posibilidad de juzgar. En cambio, el público sentirá automáticamente la riqueza del vocabulario como un valor, como un logro, como una prueba de la maestría y de la competencia del traductor».

A leer se aprende. Somos niños y pronto avanzamos. Ya sabemos las cuatro letras y poco a poco, con paciencia, seremos capaces de descifrar carteles callejeros, rótulos publicitarios, prospectos farmacéuticos, tratados científicos, novelas y finalmente libros de historia. Harold Bloom escribió una obra práctica: *Cómo leer y por qué*. No se refería, claro, a esas primeras letras, sino a las grandes obras, a ese canon inevitable de la cultura occidental. Explicaba qué hacer con ellas. Lástima que olvidara los grandes libros de historia. Antoine Prost los tiene en cuenta para incorporarlos, además, a su florilegio o centón. Aunque sólo fuera por eso, valdría la pena leer esta obra, un precipitado de la mejor historia.

JUSTO SERNA y ANACLET PONS

La historia es una disciplina de verdad. Eso significa que cuenta con un auténtico repertorio de conocimientos adquiridos. Los conocimientos se obtienen aplicando un protocolo y respetando unas normas.

El profesional de la historia se ciñe a los documentos. El historiador se limita a la consulta y al examen de los restos del pasado. De esos vestigios o atisbos, el investigador extrae informaciones, siempre parciales, pero informaciones que somete a crítica interna y externa: en el documento observa el hecho, aventura un significado y examina las condiciones materiales de su realización y recepción.

El historiador narra lo que en principio sólo son datos inconexos. Los detalla, los clasifica y los cuenta. Efectivamente, hechos que fueron reales y simultáneos se ordenan en la historia de quien la escribe. Al hacer esto, el historiador se aproxima a la literatura: la historia es exacta y remotamente un género literario. Cierto: el historiador narra con orden, convirtiendo en palabras lo que fueron hechos, materiales, imágenes o también palabras.

Eso no significa que el historiador escriba ficciones. Sólo significa que la imaginación está presente en su tarea: cuando supone o conjetura, cuando completa hipotéticamente lo que el documento no le da. Pero el profesional de la historia no fabula.

El profesional de la historia interpreta y explica. Interpreta las acciones y sus intenciones. Los historiadores saben menos que los antepasados, saben menos que quienes tienen algo que testificar. Esa carencia los investigadores la suplen con conocimientos y documentos que de primera o de segunda mano ayudan a comprender actos y a explicar consecuencias.

En efecto, el historiador explica el contexto, la circunstancia, el marco de las acciones, las causas que los individuos no suelen conocer cuando actúan, cuando acometen empresas particulares o comunes. Los historiadores, pues, saben más que los sujetos históricos.

Saben más del pasado de la humanidad. Y organizan esas informaciones de acuerdo con las reglas comunes de su profesión. En este sentido, la historia se aproxima a la ciencia, aunque no sea ciencia. Al menos no puede ser ciencia experimental: el investigador no puede reproducir las condiciones de un fenómeno.



ISBN 978-84-9045-466-4



9 788490 454664